

Epístola para el Quinto domingo después de la Trinidad

1 Pedro 3:8-15

“En fin, sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables. No devolváis mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados a heredar bendición, porque: «El que quiere amar la vida y ver días buenos, refrene su lengua de mal y sus labios no hablen engaño; apártese del mal y haga el bien; busque la paz y sígala, porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones; pero el rostro del Señor está contra aquellos que hacen el mal». ¿Quién es aquel que os podrá hacer daño, si vosotros seguís el bien? Pero también si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois. Por tanto, no os amedrentéis por temor de ellos, ni os inquietéis. Al contrario, santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros.”

1. Otra vez están escuchando un sermón acerca de muchas grandes buenas obras que los cristianos que creen y han confesado el evangelio deben de hacer, para que podamos percibir su fe por sus frutos. Sin embargo, divide estas obras en dos partes: primero, las obras que los cristianos deben hacer unos con otros; segundo, las obras que deben mostrar aun a los enemigos y perseguidores.

2. Justo antes de esto, había comenzado a enseñar cómo, en el estado común y en la disciplina de la casa, esposo y esposa deben vivir entre sí en una forma cristiana, en amor y amistad, de modo que cada uno honre al otro, lo lleven bien uno con la otra en forma razonable y paciente, etc.

Ahora lleva esta exhortación al grupo entero de los cristianos, a saber, que todos deben vivir unos con otros con amor cristiano como hermano y hermana en una casa. Incluye un grupo de las virtudes y obras más nobles y excelentes. Así retrata una iglesia hermosa y deleitosa con adornos externos hermosos, con los cuales brilla ante la gente, de modo que Dios sea agrado y honrado, y tanto los ángeles y la gente pueden mirar su gozo y deleite. ¿Qué más debe querer mirar un hombre en la tierra, y qué comunión más alegre y deleitosa debe buscar, que cuando puede estar entre tal grupo en que puede ver tal virtud, un corazón, mente y voluntad, amor fraternal, gentileza, bondad y paciencia aun hacia los enemigos? Ciertamente nadie es tan malo que no tendría que alabar esto y gustosamente estaría entre tales personas.

3. En cuanto a la primera virtud, los apóstoles hablan con frecuencia de ella, como también lo hace San Pablo: “Unánimes entre vosotros” (Romanos 12:16). Asimismo: “procurando mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Efesios 4:3). Entre los cristianos en general, esta virtud es la más necesaria. Si las demás, el amor, la gentileza, la bondad deben seguir, los corazones primero deben ser uno y unidos unos con los otros. Externamente en el mundo y en la vida humana no pueden ser todos lo

mismo, porque toda clase de diferencias en las personas, estados y obras tienen que quedarse.

Precisamente esta semejanza en el mundo hace que los corazones no sean unidos y de la misma mente, puesto que carne y sangre naturalmente son corruptas. Tan pronto que alguien siente en su persona que es más noble, docto, capaz y calificado que otro, y que está en un estado y oficio más alto, más honorable, comienza a agradarse de sí mismo, a pensar que es mejor que los demás, y hasta quiere que todos los consideren y honren tan altamente. No cederá a, ni servirá a nadie que sea menor que él, y piensa que tiene el pleno derecho y la autoridad para esto porque es más y mejor.

4. Los apóstoles diligentemente amonestan a los cristianos en contra de este vicio común en el mundo, que el diablo promueve en sus grandes multitudes y por el cual causa toda miseria y desgracia, corrompe todos los estados y oficios, y no produce nada sino gente peligrosamente depravada que es incapaz de las buenas obras. Contra este vicio, los apóstoles diligentemente amonestan a los cristianos a tener una mente, aunque no todos tengan el mismo oficio y obra, porque cada uno debe quedarse como es designado y llamado por Dios. Todos los estados y los oficios no se pueden llamarse un estado y oficio. En la iglesia estos son especialmente desiguales, en donde además de las diferencias externas de las personas, estados, etc., hay varios dones divinos divididos y distribuidos a uno en forma diferente que a otro. Sin embargo, debe suceder que estas varias diferencias y oficios, tanto espirituales y seculares, se dejen incluir en “la unidad del Espíritu” (como San Pablo lo llama) o la unidad espiritual.

Así como los miembros en un cuerpo tienen varios oficios y obras diferentes, y ninguno puede hacer la obra de otro, y sin embargo, están en la unidad corporal de una vida, así también los cristianos, aunque hay varias diferencias de personas, lenguas, oficios y dones entre ellos, deben vivir, aumentar y ser preservados en la unidad e igualdad de la mente como en un cuerpo.

5. Este es el mandamiento primero y más necesario después de la enseñanza de la fe, el primer fruto y virtud que la fe debe obrar entre los cristianos, que son llamados en una fe y bautismo; debe ser el comienzo del amor cristiano entre ellos. En donde la fe es genuina, tal mente y pensamiento deben seguir en todos los creyentes: “Mira, todos hemos sido llamados a la misma salvación por la misma palabra, bautismo y Espíritu Santo, y al mismo tiempo somos herederos de la gracia y los beneficios de Dios”. Aun si uno tiene más y mayores dones que otro, no por eso es mejor ante Dios. Más bien, solo por gracia, sin ninguno de nuestros méritos, agradamos a Dios, de modo que nadie tiene nada en sí de que jactarse ante él.

6. ¿Cómo puedo imaginar que mi persona o dones sean mejores que los de otros? ¿O qué tiene otro mayor de que jactarse ante Dios? ¿Tiene alguien un bautismo, sacramento, Cristo, gracia y salvación diferente de los que tengo yo? Nadie puede tener otra fe de lo que tiene cada cristiano, ni oír ninguna otra predicación ni absolución, sea un señor, siervo, noble, común, pobre, rico, joven, viejo, italiano o alemán. Sin embargo, si quieres imaginar que eres algo diferente o mejor, y por eso te jactas y te

glorías ante otros, entonces por supuesto ya no eres un cristiano. Ya no tienes la misma mente o fe que los cristianos deben y tienen que tener. Mientras tanto, Cristo siempre es uno con su gracia y no puede ser dividido ni separado de sí mismo.

7. Los queridos apóstoles no resaltaban este punto en vano. Ciertamente vieron cuánto depende de esto y qué clase de desgracia y daño sigue si este mandamiento no se guarda. Las divisiones y las sectas no pueden faltar sino tienen que prevalecer, y por ellas se corrompen la enseñanza y la fe pura, y el diablo sembrará su semilla, que después se puede desarraigar solo con dificultad. Cuando el orgullo gana la ventaja, de modo que alguien quiere ser más docto, sabio, mejor y santo que otro, luego comienza a despreciar a los demás. Así arrastra a las personas del entendimiento y la mente común que nos hace todos iguales en Cristo a sí mismo, de modo que deben alabar y exaltar su enseñanza, predicación y acciones sobre los demás. Luego ya se ha hecho el daño, se ha abolido la fe, y la iglesia se ha roto.

Cuando esta unidad ha sido dividida, luego es seguro que las dos partes no pueden ser la verdadera iglesia. Una tiene que ser la ramera del diablo, si la otra es justa. Por otro lado, cuando queda la unidad de la fe y la mente, también queda la verdadera iglesia genuina de Dios, aunque aparte de eso queda debilidad. Puesto que el diablo ciertamente sabe esto, es tan hostil a esta unidad y sobre todo lucha para romperla. “¡Si queda firme”, piensa él, “cuán débil sería yo, y cuántas lágrimas calientes lloraría!”

8. Por eso los cristianos deben ser tanto más diligentes para mantener esta virtud, tanto en la iglesia y en el gobierno secular. Hay y tiene que haber desigualdades, las cuales Dios quiere equilibrar por el amor y la unidad de mente para que cada uno sea satisfecho con lo que Dios le ha dado o designado para él y se agrade de dejar que el otro tenga lo que tiene. Sabe que es tan rico en todos los beneficios eternos, porque tiene el mismo Dios, Cristo, gracia y salvación. Aunque está en otro oficio que otra persona, eso no cuenta por menos ante Dios, y el otro no por esa razón tiene más ni es mejor ante él.

9. Esta igualdad de corazón y mente puede unir toda la desigualdad externa en el mundo. Vemos de otro modo que aunque haya amor y amistad unos hacia otros, cuan gran diferencia hay según lo que es externo entre un esposo y su esposa en su persona, carácter y obras, y asimismo entre el gobierno y los súbditos. Sin embargo, cuando son fieles unos con otros están muy contentos entre sí y pueden actuar bondadosamente unos con otros. Así, se podría tener una vida fácil pacífica en la tierra, excepto que el diablo no puede tolerar esto en el mundo, sino tiene que dividir los corazones y el amor para que nadie se agrade del otro. Todo lo que sea grande, bien nacido, poderoso y rico piensa que tiene que menospreciar a otros y no considerarlos nada sino gansos y patos.

10. Las otras partes por las cuales pregunta San Pedro también son fáciles de entender: “compasivos, fraternales, misericordiosos y bondadosos”. Estos enseñan principalmente cómo deben actuar los cristianos unos hacia otros. Dios los ha sujetado todos juntos en el amor, y los ha unido tanto que son un corazón y un alma, y cada uno se interesa por el otro tanto como por él mismo. Fue especialmente necesario exhortar a esto en ese

tiempo, porque los cristianos se estaban persiguiendo terriblemente; aquí un pastor, allí un ciudadano fue echado en la cárcel; alejado de esposa, hijo, casa y hogar, y finalmente fue ejecutado. Lo mismo sucede ahora y puede seguir pasando, cuando la pobre gente es afligida bajo tiranos y llevada por los turcos, y así los cristianos son esparcidos aquí y allá en tierras extranjeras. En dondequiera que Dios ha reunido una iglesia con su palabra y la fe, y comienza esa unidad espiritual, de modo que los cristianos se reúnen alrededor de ella y la apoyan, allí otra vez el diablo no puede tener paz. Si no puede producir su destrucción por medio de cismas, la ataca con la persecución y la opresión, de modo que tenemos que arriesgar y sacrificar cuerpo, vida y todo lo que tenemos por ella.

11. Aquí los cristianos deben, como los que tienen todos un corazón y mente, tomar a pecho la angustia y el sufrimiento de sus hermanos, sean quienes sean y estén donde estén que comparten la misma fe con ellos, como si tuvieran que sufrirlo ellos mismos. Deben pensar: “Mira, sufren por causa de mi fe y tesoro y tienen que llevar el peso de la aflicción del diablo, mientras yo todavía tengo paz. En esta situación, no es recto que brinque con gozo y esté seguro, porque lo que sucede con mis queridos hermanos me concierne a mí y sucede precisamente debido a lo que yo tengo. Por eso debo tomar interés en su sufrimiento como en mi propio sufrimiento”. La Epístola a los Hebreos amonesta: “Acordaos de los presos, como si estuvierais presos juntamente con ellos” (Hebreos 13:3), es decir, como si estuvieras en las mismas cadenas y angustia como los que sufren la aflicción, como miembros del mismo cuerpo.

12. Así todos estamos unidos uno con el otro, así como en un cuerpo un miembro está ligado con otro. Como ves y sientes en tu propio cuerpo: “De manera que si un miembro padece”, dice San Pablo, “todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan” (1 Corintios 12:26). Mira lo que hace el cuerpo entero cuando se le pisa un pie por accidente, o un dedo de mano o pie se aprieta: los ojos muestran dolor, la nariz se contorsiona, la boca grita, y todos los miembros están listos a rescatar y ayudar; ninguno puede abandonar a otro. No es un pie y un dedo que se ha pisado y apretado, sino toda la persona. Por otro lado, si las cosas van bien para un miembro, eso agrada a todos los demás, y todo el cuerpo se pone alegre. Debe ser igual en la cristiandad, porque también es compuesta de muchos miembros en un cuerpo y tiene una mente y un corazón. Tal unidad naturalmente trae consigo que cada uno toma interés tanto en el bien y el mal del otro.

13. El mundo no tiene esta virtud y no la puede tener, porque es la igualdad y la unidad de la mente y la fe; más bien, todos ven solo lo que es bueno para ellos mismos y no prestan atención a lo que sucede con los demás, especialmente a los piadosos. Sí, puede burlarse y deleitarse cuando ve a los cristianos verdaderamente pobres en angustia, y darles vinagre y hiel para tomar en su sufrimiento. Sin embargo, debes saber que si te jactas de ser cristiano, luego debes tomar a pecho los sufrimientos de tus hermanos y mostrar que realmente simpatizas con ellos, si no puedes hacer más, luego con palabras consoladoras u oración. Su sufrimiento afecta tanto a ti como a los demás, y debes esperar precisamente las mismas cosas del diablo y del mundo malo.

14. “Fraternal” es la virtud que debe ser común entre los cristianos, de modo que todos muestren amor y fidelidad al otro, como un hermano con otro. Se planta y se forma en la naturaleza que los hermanos tienen más confianza unos con otros que con otras personas, especialmente en la angustia, como los que tienen la misma carne y sangre y una común herencia. Aunque aparte de eso no son uno, sin embargo cuando son atacados por extraños y tienen necesidad, una sangre y carne toma un interés por el otro y unen cuerpo, bienes y honor.

15. Así los cristianos también deben tener y demostrar un amor y fidelidad especial fraternal unos hacia otros, puesto que tienen un Padre en común en el cielo y una herencia; porque son cristianos tienen una fe, corazón y mente, para que nadie desprecie al otro. Más bien, si todavía hay entre nosotros algunos que estén débiles, frágiles y no constantes tanto en fe y en la moral, tratamos con gentileza y bondad con ellos, como hermanos y hermanas en una casa lo hacen si uno es más débil, frágil o necesitado. No puede suceder de otra forma cuando la gente vive junta; debemos soportar mucha debilidad, tribulación y desagrado. No podemos ser todos igualmente fuertes en la fe, el ánimo, los dones, los beneficios, etc. No hay nadie que no tiene mucha debilidad y enfermedad en sí, que él desea que otros soporten.

16. “Misericordioso, bondadoso”. Ahora, esto se aplica en común y en todo el grupo unos con otros, tanto amigos y enemigos, cristianos y perseguidores. Es la naturaleza del hombre, que viene del pecado original, gustar tomar venganza, especialmente de los que infligen daño sin ninguna razón. Si no puede hacer más, al menos desea toda desgracia para su enemigo y le maldice; está contento cuando oye que las cosas le van mal. Ahora bien, los cristianos, más que todos, son inocentemente perseguidos, insultados, vencidos y atribulados en el mundo, aun por los que, como ahora sucede con frecuencia, se llaman y se jactan de ser cristianos. Esto les causa dolor, y si lo que su carne y sangre querían sucediera, gustosamente se vengarían, así como el mundo practica la venganza uno hacia el otro y no está contento hasta que su ira se haya enfriado.

17. Sin embargo, el cristiano no debe y no puede, si sigue siendo un cristiano fiel, ser un hombre sin misericordia o ser vengativo, porque se ha hecho un hijo de Dios, y de él ha obtenido misericordia, en la cual vive sin cesar. No debe tener el deseo de o gozo en el daño o perjuicio del prójimo ni tener un corazón amargo, duro y terco hacia él. Más bien, está mucho más dispuesto a mostrar misericordia a su prójimo, aun a uno que le es hostil, y tomar piedad de su ceguera y miseria, porque lo ve postrado en la ira de Dios y conduciéndose a la ruina y condenación eterna, de modo que ya está demasiado vengado de él. Precisamente por eso debe ser bondadoso con él y mostrarle toda caridad (conque lo tolere o acepte) para que de esta forma pueda ganarlo y llevarlo al arrepentimiento.

18. Sin embargo, hay la distinción, mencionada con frecuencia, que esto no impide el castigo regular que es mandado. La palabra de Dios no te enseña a pedir y alabar la misericordia y la bondad en donde se debe castigar el pecado y el mal. El mundo alega

que si reprendemos su pecado y vicio, especialmente en los grandes y poderosos, estamos atacando su honor y dando causa para menospreciar su oficio y gobierno y para la rebelión. Eso no lo tolerarán. ¡No, así no! Esta predicación instruye a cada persona individual cómo debe conducirse hacia todos, no al oficio que Dios ha impuesto y encomendado a cada persona. Aquí las dos cosas, el oficio y la persona, deben ser cuidadosamente separados uno de la otra. Un magistrado o soberano, cuando ejerce su oficio, es otra persona que Juan o Federico. Un apóstol o un predicador es otra persona que Pedro o Pablo, porque no es un predicador por su propia persona, sino por causa de Dios.

Ahora, si persiguen, calumnian y maldicen mi persona inocentemente, debo decir “¡Gracias a Dios!”, y lo haré, porque tengo abundantes bendiciones de Dios en cambio. Sin embargo, si hablan contra mi bautismo, el Sacramento o el oficio de la predicación, que Dios me ha encomendado, y así esto sucede no contra mí sino contra él, entonces no es propio que guarde silencio, sea misericordioso o bondadoso. Más bien, debo cumplir el oficio que se me encomendó, como dice San Pablo, “redarguyendo, reprendiendo, exhortando” a los que no enseñan correctamente, no creen ni enmiendan sus vidas, con toda seriedad “a tiempo y fuera de tiempo” (2 Tim 4:2), sin importar quiénes son ni cómo les agrada.

19. “Sí”, dices, públicamente impugnas mi honor, me das una mala reputación”, etc. Respondo: ¿Por qué no hablas con el que me encomendó el oficio? Mi honor también me es muy querido, pero el honor de mi oficio debe ser mucho más querido para mí. Sin embargo, si guardo silencio y no reprendo cuando debo hacerlo, entonces estoy insultando mi propio honor, que debo estar defendiendo ante Dios, de que he cumplido correctamente mi oficio. Entonces yo, junto con mi gloria y la tuya, estaríamos dignos de estar ahorcados en el sol brillante.

No, es un error cuando tratas de aprender del evangelio que un predicador no debe hablarte con la palabra de Dios acerca de tu pecado y deshonor. ¿Qué le importa a Dios el honor que buscas ante el mundo para que puedas ultrajar su palabra? Ante el mundo lo puedes defender con Dios y una buena conciencia, pero ante él no tienes nada sino tu deshonor de que jactarte. Debes confesar esto si quieres tener honor ante él, y entonces debes dejar que su honor cuente por más que todas las criaturas. Es tu honor más alto cuando honras su palabra y la dejas reprenderte.

20. “Sin embargo, ¡atacas el oficio en que he sido puesto!” Contesto: “No, querido hermano. Cuando alguien nos dice a mí y a ti que no hemos hecho correctamente nuestro oficio o no lo hemos conducido como debemos, eso no es atacar el oficio. Más bien, la palabra de Dios nos reprende precisamente porque deshonramos el oficio divino y nos abusamos de él contra su mandamiento. Por tanto, no tienes que reprenderte por esto. Si no soy un pastor o predicador, y no tengo el mandato de reprenderte, entonces no debo atacar tu honor y el honor de todos, y no lo haré. Sin embargo, si debo ocupar un oficio divino y no abogar por mi propio honor sino el honor de Dios, entonces no debo guardar silencio ni lo haré debido a tu honor. Si haces mal, y tienes vergüenza y

deshonra por ello, la culpa es tuya. “Tu sangre sea sobre tu cabeza”, dice la Escritura (2 Samuel 1:16, 1 Reyes 2:37).

El honor ciertamente es impugnado y atacado cuando un juez sentencia a un ladrón a la horca. Pero ¿quién ha quitado tu honor sino tú mismo con tu robo, desprecio y desobediencia de Dios, asesino, etc., de modo que Dios tiene que darte lo que mereces? Si lo consideras vergonzoso que eres reprendido, luego también no lo consideres como honorable cuando robas, hurtas, practicas la usura, y haces mal a la gente públicamente, porque cuando deshonras el mandamiento de Dios, difamas a ti mismo.

21. Así esto se dice de paso, que siempre tenemos que mantener la distinción entre el castigo del oficio y nuestra propia ira o deseo de venganza por causa de la carne y sangre, que siempre se inclina a la maldad y pasa por alto esta distinción. Es cierto que Dios quiere que toda la gente sea misericordiosa y bondadosa, que perdone y no se venga del mal. Sin embargo, el oficio no siempre lo tolera, cuando los malos deben ser castigados. Porque solo la parte menor quiere ser misericordiosa, Dios tiene que enviar su gobierno a los que no quieren tener misericordia, para que sean castigados sin misericordia. Debemos dejar que suceda ese proceso, conque cada uno cuide su oficio, pero no vaya más allá de lo que requiere su oficio. Nadie debe hacer su propia venganza ni usar su pique y odio personal bajo el nombre y pretexto de su oficio.

22. Ahora, San Pedro continúa y amplifica más esa enseñanza de las buenas obras de la gentileza, la misericordia y la bondad con pasajes hermosos de la Escritura y otras amonestaciones para incitar a los cristianos a practicar estas cosas. Dice:

“No devolváis mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados a heredar bendición,” (1 Pedro 3:9)

23. En cuanto a aquellos cuyo deber es pagar, reprochar y castigar el mal, esto se acaba de decir. Esta predicación no dice nada del oficio. Cuando el juez dice: “Este hombre debe ser ejecutado como ladrón”, eso quiere decir que se le ha pagado, calumniado y deshonrado altamente en público. Sin embargo, ese es el juicio y la obra de Dios, de lo cual no se trata aquí. Pero el cristiano que genuinamente cree, lleva una vida inocente, confiesa su enseñanza y fe, y quiere reprender lo que no sea en armonía con ella, como se le ha mandado, enojará al diablo y el mundo. Los que tienen un oficio de proteger a los piadosos y restringir la fuerza injusta tendrán, bajo el nombre y el derecho de ese oficio, que perseguir, oprimir y afligirlo. Si no pueden hacer nada más, al menos lo molestarán, impedirán y restringirán hasta donde puedan. Si ahora está con una correa corta y se deja vencer por la ira y la impaciencia, no puede hacer nada bueno; solo agitará su propio corazón de modo que se consuma y se aflija con pensamiento de cómo puede vengarse y pagar al que le ha hecho daño. Si el diablo lo nota, se deleita y provocará y hará más daño en los dos lados. Así dos clases de daño se te hacen, no solo por tu enemigo sino también por tu propia ira, por los cuales atormentas a ti mismo y arruinas tus días buenos.

24. “¿Qué, entonces, debemos hacer”, dices, “si debemos sufrir esto y no podemos controlarlo ni tener nuestros derechos?” “No hay otro remedio”, dice San Pedro, “que poner en paz tu corazón y encomendarlo a Dios, cuando los que deben ayudar no lo hacen, ni limitan ni castigan el mal, o hasta ellos mismos te hagan violencia”. Si no es castigado por los hombres, se queda sin castigo hasta que Dios se meta en el asunto. Pero debes retener una conciencia tranquila y un corazón dulce y no dejar por causa del diablo y la gente mala que se te quiten la buena conciencia, el corazón pacífico y la bendición que tienes de Dios. Además, si el oficio de castigar el mal se ha encomendado a ti, y si puedes obtener protección y justicia de aquellos a quienes se les ha encomendado, debes usarlo sin nada de ira, odio ni amargura, aun con un corazón que desea y da bendición y beneficios en cambio del abuso y el mal.

25. “Eso es propio de los cristianos”, dice, “porque son gente llamada a heredar la bendición”. ¡Esto es algo grande y precioso! Nada sino bendición ya ha sido determinado por Dios y concedido a ustedes por Dios, a saber, todas las riquezas de su gracia y sus beneficios. Es suya y vendrá abundantemente a ustedes y quedará con ustedes tanto en cuerpo y alma, con que la retengan y no la destruyan ustedes mismos. ¿Qué precio no darían gustosamente por ella (si se pudiera comprar y no la tuvieran libremente, sin sus méritos), si alguien tal vez les ofreciera la oportunidad de estar seguros de que tenían un Dios misericordioso y les bendeciría temporal y eternamente? ¿Quién no daría gustosamente hasta su cuerpo y vida por esto, y gozosamente sufrir todo, si su corazón pudiera jactarse sin ninguna duda: “Sé que soy un hijo de Dios; me ha tomado en su favor, y viviré con la segura esperanza de que seré eternamente bendecido y salvado”?

“Por tanto”, dice, “piensen en qué gran diferencia Dios ha hecho entre ustedes y ellos porque ustedes son cristianos. Les ha hecho herederos de la gracia, la bienaventuranza y la vida eterna. Por otro lado, lo que ellos tienen alrededor de sus cuellos no es otra cosa sino el horrible veredicto de que son los hijos de la maldición y del anatema eterno”.

26. Si tomáramos esto al pecho, sería fácil enseñar y persuadir a la gente a tener un corazón bondadoso y bueno para todos, a no devolver el mal y el abuso con la venganza, sino más bien a sufrir daño con tranquilidad y paz (si no pueden ser ayudados para la justicia y la protección o el castigo), más bien que perder su eterno consuelo y gozo.

Así, esa es una razón excelente para que los cristianos sean altamente movidos e incitados a ser pacientes, no vengativos ni amargados, porque son tan abundantemente bendecidos por Dios y tienen la gloria que nadie puede quitarles ni dañar (como después concluye), si tan solo ellos mismos quieren quedarse en ella. Ahora amplifica esto más con un pasaje muy hermoso del Salmo 34:12-16, con que les incita tanto más fuertemente. Las palabras dicen:

“Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche. Entonces los cielos pasarán con gran estruendo, los elementos ardiendo serán deshechos y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas. Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cómo

no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán!” (2 Pedro 3:10–12)

27. El Espíritu Santo escribió este texto hace mucho tiempo por medio del profeta David para enseñar y amonestar a todos los santos y los hijos de Dios. Nos dice lo que ha visto diariamente en su vida y aprendido de su propia experiencia, y además lo que ha escuchado y aprendido del ejemplo anterior de los queridos padres desde el principio del mundo. “Vengan, queridos hijos”, dice, “si quieren ser enseñados y aconsejados. Les daré la enseñanza buena y genuina acerca de cómo debemos temer a Dios y hacernos sus hijos. ¿A quién le gustaría tener paz y días buenos? ¿A quién no le gustaría tener todo esto?, dice el mundo entero. Todos se esfuerzan y luchan por ello, y todas las acciones del mundo se hacen porque piensan que pueden obtener eso.

28. Sin embargo, hay dos caminos que llevan a esto. Uno es el camino que toma el mundo. Busca la paz para que pueda con fuerza retener sus propias cosas, y, para comenzar, desea la muerte para todos los que se oponen a ello; no tolerará a nadie que hable mal de él, lo hiere y lo daña. Este camino ciertamente ha sido encomendado a la espada y la fuerza del gobierno, que debe usar tal camino diligentemente para impedir y restringir el mal, hasta donde puede. Sin embargo, todavía no castigarán ni refrenarán todo. Todavía habrá muchas cosas, especialmente las que suceden en secreto, que tienen que castigar a sí mismos, o aquí por el arrepentimiento o después en el infierno. Sin embargo, en cuanto a sus personas, los cristianos no lograrán nada en la tierra de esta forma, porque el mundo es demasiado malo y no les ayuda.

29. Por tanto, si quieres tener paz para tu persona, especialmente como cristiano, debes encontrar otro camino. Este es el que el salmo te señala cuando dice: “Guarda tu lengua del mal y tus labios de hablar engaño” (Salmo 34:13, 1 Pedro 3:10). Esto claramente se aplica a la enseñanza de que debemos quedarnos con la verdadera palabra de Dios y no ser mal guiados por la falsa enseñanza. Pero San Pedro extiende esto al camino externo de la vida de los cristianos en el mundo. Necesitan esta amonestación para silenciar sus lenguas, etc., debido a lo que sucede allí. Deben sufrir mucho por la fe y confesión según la cual se llaman cristianos, de modo que están en peligro, son odiados, perseguidos, oprimidos y afligidos por todo el mundo. Cristo antes les dijo: “Seréis odiados por todos por causa de mi nombre” (Mateo 10:22). Podrían imaginar fácilmente que tenían razón para pagar el mal. Ciertamente tienen que ser tentados, puesto que todavía tienen carne y sangre, a enojarse y a maldecir, o a abandonar su confesión y predicación y concordar con la otra multitud, la iglesia falsa, y con la enseñanza idólatra.

Aquí el salmo amonesta: “Querido cristiano, no dejes que todo esto te motive a hacerte malo, maldecir, calumniar y regañar de vuelta, sino quédate con la bendición que estás lista para heredar, porque de esa forma no puedes hacer las cosas mejor ni obtener nada de ayuda. El mundo queda como es y no hará otra cosa que odiar y perseguir a la gente

justa y creyente. ¿Qué aprovecha, entonces, enojarte y maldecir? Solo lastimas tu propio corazón con amargura y te privas del gran bendito tesoro que se te ha dado”.

30. El Salmo 4:4 enseña precisamente la misma cosa acerca de esto cuando consuela y fortalece a los santos contra el escándalo y la tentación a la ira y la impaciencia que tienen que tener del mundo. “Si estás enojado”, dice, “no pequéis. Meditad en vuestro corazón estando en vuestra cama, y callad”. Es decir, aunque son afectados, como es natural para esta carne y sangre cuando tienen que ver que el mundo tiene gran prosperidad en su camino de vida impío y malicia, y también arrogante y atrevidamente te desafía, insulta y persigue, sino embargo, no te enojas tan rápido, sino deja que el daño, el desagrado, la vejación y la perturbación queden afuera en tu vida, cuerpo y bienes externos, y no echen raíz en tu corazón. Más bien, tranquiliza tu corazón, está atento y no pienses que nada de esto valga perder el sueño por ello. Si quieres genuinamente servir a Dios y presentar un sacrificio agradable, pon tu esperanza en él con fe en su palabra de que él es tu querido Dios que te cuida, concede tus oraciones, maravillosamente te ayudará, etc.

31. Sin embargo, sigue para decir, “sus labios no hablen engaño”. Eso se aplica, como dije, principalmente a la enseñanza y nuestra confesión de ella. Pero también es comúnmente presente cuando comencemos a enojarnos y quejarnos del mal y la injusticia, y nuestros corazones se llenan de impaciencia, que hace la persona tan enojada y encendida que no puede hablar de la cosa (que lo ataca) como realmente es, sino agrega otras cosas. También sucede con ira y retribución que cuando es herido un poco, tal como con ser picado de un alfiler, inmediatamente quiere cortar la cabeza del otro. Si un lado es un poco afectado con una palabra, desde entonces comienza a abusarse de y difamar a su adversario hasta lo extremo. En resumen, el corazón enojado no conoce límites y no puede pagar lo mismo, sino tiene que hacer de una astilla o un pequeño grano una gran viga y tiene que soplar una chispa para hacer una montaña de fuego con regañadas y maldiciones. Además, no aceptará que ha hecho mal, sino, si pudiera, hasta asesinaría a su vecino. Hace mucho más injusticia de lo que se hizo a él.

32. Nuestra naturaleza es tan mala e injusta cuando recibe daño que no está contenta con pagar lo mismo, sino sobrepasa los límites y con ira y venganza no perdonará el honor de su prójimo, de hecho, ni su cuerpo y vida. Santiago dice: “porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios” (Santiago 1:20), es decir, no deja al hombre con su fe y buena conciencia. La ira del oficio, que es la ira de Dios, no busca la destrucción de un hombre, sino solo castigar el vicio que ésta en él. Pero la ira propia del hombre y la venganza es mala y no puede ser satisfecha; da diez o veinte golpes por uno, cien malas palabras por un insulto.

33. Por eso San Pedro dice: “Calla tu lengua y mantén un firme control sobre ella, no sea que se deslice y peque con palabras malas, haciendo lo doble del mal que se te hizo. Guarda tus labios o tu boca de modo que no engañe o se haga mentirosa debido a tu ira, contra la verdad y la justicia, y para que no injurie, calumnie ni difame a tu prójimo en contra del Octavo Mandamiento”. Esto no conviene para un cristiano ante Dios y la

gente y le pone en el vicio más vergonzoso, al cual Dios se opone completamente y que pertenece al diablo. Por eso se llama un mentiroso o calumniador (*diabolus* o diablo).

34. El salmo dice además: “Apártate del mal y haz el bien” (Salmo 34:14), es decir, guárdate para que no te hagas también malo debido a la maldad de alguien más, porque la ira y el deseo de la venganza no piensan en nada sino hacer daño y hacer mal. Por tanto, sé tanto más diligente para hacer el bien, cuando puedes, para que tu corazón mantenga su reputación e intrepidez y quede en la pureza, y no caigas de la gracia de Dios y la obediencia a él para servir al diablo. Él te presiona para volver a su trampa y amarga tu corazón y conciencia para que te hagas mucho peor que otras personas.

35. Asimismo, “Busque la paz”, dice, “y sígala”. Esta es una amonestación excelente y un consejo divino fiel. “No deben pensar”, quiere decir, “que la paz correrá tras ti o que el mundo (mucho menos el diablo) la pondrá en tu casa. Más bien, lo opuesto se te pasará. Desde afuera, la gente traerá a ti grandes sacos de lúpulo llenos de discordia, y la ira y la amargura se encenderá en tu propio corazón, para llenarte de ansiedad externa”.

Por tanto, si quieres tener paz, no debes esperar a que otras personas te ayuden a tenerla, o hasta que tú mismo produzcas la paz con la fuerza y la venganza. Más bien, debes comenzar contigo mismo, de modo que vuelvas del mal al bien, y te esfuerces para que tu corazón tenga paz y la retenga en oposición a todo el que quisiera quitártela. Así tu corazón siempre debe quedarse firme: “No me enojaré ni buscaré venganza, sino dejaré que mis asuntos se encomienden a Dios y a los que deben castigar el mal y la injusticia. Sin embargo, desearé que Dios convierta e ilumine a mi enemigo. Aunque tenga que sufrir más fuerza e injusticia, no dejaré que se arranque ni se quite la paz de mi corazón”.

36. Mira, esta es la forma correcta de retener la paz y ver buenos días aun en tiempos malos: callando la lengua y tranquilizando el corazón por el consuelo de la gracia y la bendición divina. No debemos dar a nadie causa externa para la discordia, sino buscar la paz en todas partes con buenas palabras, obras y oraciones, y también perseguirla y con buen sufrimiento fuerte, para que podamos preservarla por la fuerza. El cristiano no puede tener buenos días y retener esta bendición de ninguna otra forma. Por tanto, considera que tienes que luchar por ella para que no tires la bendición, ni dejes que tu boca y lengua hagan mal y cuenten mentiras por causa de alguien más. Sin embargo, porque la carne y sangre son tan débiles y torpes en esto, fortalece esta amonestación para incitarnos tanto más con la promesa en que señala cómo Dios ayuda y protege a los que hacen esto, pero castiga a los demás. Dice:

“porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones; pero el rostro del Señor está contra aquellos que hacen el mal».” (1 Pedro 3:12)

37. Escribe este versículo en tu corazón con firme fe y verás que produce paz y beneficios para ti. ¿Puedes creer que Dios se sienta arriba y no duerme ni mira en ninguna otra parte y te olvida, pero que siempre con ojos abiertos, bien despiertos mira

a los justos que sufren de la fuerza y la injusticia? ¿Por qué, entonces, te quejarías y te desagradarías por el daño y el mal que te sucede, cuando vuelve a ti sus ojos misericordiosos y como el Juez y Dios verdadero tiene la intención de ayudarte? Yo pagaría todas las posesiones del mundo para este ojo y para esta fe, si la pudiera tener. Ciertamente lo que falta no es que él nos mire, sino solo nuestra fe.

38. Además, dice: “y sus oídos atentos a sus oraciones”. Así como te mira con ojos misericordiosos y bondadosos, también escucha con oídos atentos, abiertos a tus lamentos, suspiros y oraciones. Escucha con gusto y placer, de modo que tan pronto que abras tu boca, lo concede y dice: “Sí”.

39. Otra vez dice: “pero el rostro del Señor está contra aquellos que hacen el mal”. Ciertamente tiene sus ojos sobre los justos, pero todavía mira alrededor al otro grupo con su rostro. Esta no es una mirada bondadosa ni misericordiosa, sino un mirar con ira amarga, en que el frente se arruga, la nariz se eleva y los ojos son rojos y brillan con chispas, como lo hace un hombre enojado. La Escritura habla del “rostro del Señor” cuando está enojado, así como a la vez “sus ojos” significa su mirar feliz y bondadoso.

40. Ahora, ¿qué hace este “rostro de Dios”, y por qué mira en contra de los que hacen mal? ¡Obviamente, no es para que pueda conceder sus oraciones, ni ayudarlos, ni darles bendición o éxito en hacer mal! Más bien, dice además, “para eliminar de la tierra la memoria de ellos” (Salmo 34:16). Esta es una declaración que aterra horriblemente, ante la cual un corazón bien podría hundirse en la tierra como ante un trueno, si los impíos no despreciaran la palabra de Dios con sus corazones obstinados.

41. Sin embargo, el veredicto está establecido, y realmente no es un chiste con Dios, sino indica el gran interés que toma en los justos y cómo vengará a ellos contra los malos. Su rostro se dirige contra los malos, de modo que no solo serán castigados temporalmente, sino su memoria será arraigada de la tierra. Por otro lado, porque los justos han temido a Dios, continuado en su justicia, y sufrido por ello, finalmente vivirán para ver bendiciones y beneficios aun en la tierra en los hijos de los hijos. Aunque por un tiempo la multitud impía ha prosperado en la tierra y podría imaginar que estaban tan firmemente establecidos que nadie podría derrocarlos, sin embargo, cuando llega su momento, repentinamente se echan de la tierra al abismo del infierno. Tienen que dejar que los justos queden en la tierra y posean la tierra, como dice Cristo (Mateo 5:5), y como el salmo 37 amplía más.

42. Se muestra en todas partes por ejemplos de la Escritura y también por la experiencia del mundo entero desde el principio que Dios arroja a los que solo luchan por herir y que segura y contumazmente desprecian las amenazas y el rostro airado de Dios, hasta que también tengan que experimentarlo y perecer. El rey Saúl pensaba que desarraigaría al justo David, con raíz y ramas, y borraría su nombre como un hombre rebelde y maldito. Pero aquí Dios hizo lo opuesto. Mientras David pasó por su sufrimiento y persecución sencillamente con temor y confianza en Dios, y no deseaba hacer ningún daño ni mal a su enemigo, el ojo misericordioso de Dios lo miraba, para que no fuera dañado por su enemigo. Por otro lado, el rostro airado de Dios permanecía contra el rey

Saúl, de modo que, antes que David lo esperara, fue arrojado y toda su familia pereció con él; tuvo que dejar su corona y reino a David a quien perseguía.

43. Es el consuelo de los cristianos, con que deben fortalecer su fe en el sufrimiento, que están en la vista misericordiosa de Dios, y vuelve a ellos sus ojos y oídos. Por otro lado, mira con un rostro airado contra sus enemigos que les hacen daño y rompe su juego, de modo que o tienen que cesar o perecer. Esto ciertamente es cómo sucede, y nadie tiene que vivir mucho tiempo para experimentar en él mismo y otros que el proverbio es cierto: “La justicia con el tiempo gana”. Nos falta fe y no podemos esperar la llegada de esa hora, sino imaginamos que él está demorando demasiado tiempo y las cosas nos van mal. Sin embargo, es un tiempo muy breve, y es bueno que lo esperas y lo soportas, para que puedas creer en Dios, que da a tus enemigos una demora suficientemente larga para que se conviertan. Pero la hora ya se ha establecido para ellos y está presente, y no la escapan si los alcanza sin arrepentimiento.

“¿Quién es aquel que os podrá hacer daño, si vosotros seguís el bien? Pero también si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois.” (1 Pedro 3:13–14)

44. “Tienen”, dice, “una gran ventaja sobre todos sus enemigos, sin importar quiénes sean, porque tan abundantemente se les ha dado bendición eterna. Saben que él les protegerá, ayudará y vengará, y quedan en su fe y justicia en tal forma que no pueden hacerles daño, aunque su intención sea hacerles tanta molestia y daño como puedan. ¿Cómo puede algo de eso hacerles daño, mientras ustedes luchan por y persistan en el bien que tienen? Con su malicia, poder y fuerza no quitarán ni disminuirán su justicia ni la gracia, ayuda y bendición de Dios. Así no tienen ninguna desventaja de ningún daño corporal y temporal que puedan hacerles. Entre más luchan por hacerles daño, más se apresuran a su propio castigo, de modo que Dios les arrojará y les pagará tanto más.

Precisamente por calumniar, difamar, perseguir y afligirlos con gran severidad, aumentan su bendición con Dios y promueven la causa de ustedes, de modo que Dios tiene que mirarla tanto más pronto, ayudarles, y derrocar a ellos. Con su odio, envidia, ira y furia mala y venenosa, ellos mismos tienen que producir tal premio y bien para ustedes, y para ellos nada más que lo opuesto, de modo que no pueden tener ningún día bueno ni hora pacífica en sus corazones. Condenados por sus propias malas conciencias, amontonan para sí la ira y el castigo de Dios.

45. “Sí”, dice, “son más felices tanto temporal y eternamente precisamente porque sufren por amor a la justicia, y deben prestar atención a esto y dar las gracias a Dios por ello”. Él mismo lo considera y se jacta de ello como la más alta felicidad y la cosa más gloriosa. Cristo hasta dice: “Bienaventurados seréis cuando por mi causa os insulten, os persigan”, etc... Gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos” (Mateo 5:11–12). ¡Cuán gustosamente sus adversarios pagarían si pudieran tomar un poco de consuelo de esto y jactarse de que hayan sufrido aun un poco por amor a la justicia! ¡Cuán gustosamente desearían el intercambio (si pudieran entenderlo y fueran dignos de él) para que ellos pudieran haber sufrido todo y mucho más de lo que

hicieron a ustedes y querían hacer a ustedes! ¡Si tan solo pudieran ser tan felices y oyeran y experimentarían el consuelo de esta promesa divina preciosa!

“Por tanto, no os amedrentéis por temor de ellos, ni os inquietéis. Al contrario, santificad a Dios el Señor en vuestros corazones,” (1 Pedro 3:14–15)

46. Una vez más acude a la Escritura y cita un pasaje del profeta Isaías (8:12-13), en el cual amonesta al pueblo de Dios a no amedrentarse por la ira y las amenazas de la gente sino más bien firme y confiadamente a confiar en Dios. Asimismo dice: “No temáis afrenta de hombres ni desmayéis por sus ultrajes” (Isaías 51:7).

Es como si quisiera decir: “¿Por qué se preocuparan de lo que la gente pueda hacerles (sin importar cuán grandes, fuertes y temibles enemigos sean), cuando están tan felices y en tan buena situación con Dios, y lo tienen tan bien que todas las criaturas tienen que alabarles como felices? Además, saben que tienen un Señor que ha vuelto sus ojos hacia ustedes y ha abierto sus oídos a ustedes, y todo lo que desean y piden se oye y se concede, y ya con ira está amenazando a sus adversarios con su rostro. ¿Qué son toda la gente, los tiranos, el Papa, el turco, los tártaros (hasta el diablo mismo) en comparación con este Señor, cuando y donde él quiere mostrar su poder? ¿Qué pueden hacerles más que una paja débil puede hacer contra un trueno y relámpago fuerte, que hace la tierra temblar?

Por eso, no deben asustarse para nada de todos estos (conque sean cristianos y creen que tengan a un Dios). Más bien, deben tanto más alegremente y con gran coraje desdeñoso despreciar su desafío, amenaza y rugido como algo que no puede hacerles ningún daño. Más bien que hacerles daño, es su propia destrucción, mientras sigan golpeando con su cabeza contra la Majestad ante el cual todas las criaturas tienen que temblar.

47. Lo que deben hacer es santificarlo, a saber, considerar y alabarlo como santo, que no es otra cosa sino creer su palabra de que en él verdaderamente tienen a un Dios que no les olvidará ni les abandonará cuando sufran por causa de la justicia, sino con misericordia les mira y tiene la intención de ayudarles a la vez que se venga de sus enemigos. Tal fe y confesión lo honran como el verdadero Dios y confiadamente y alegremente pueden invocarlo, esperar ayuda de él, y contento pueden poner todo su corazón en él. Él sabe que su palabra y promesa, como la verdad segura, no puede engañar ni fallar.

48. Por otro lado, los otros que no creen no pueden santificar a Dios ni darle el honor que le pertenece, aunque se jactan mucho de Dios y pretenden adorarlo mucho. No consideran la palabra de Dios como verdadera, sino siempre se quedan con duda y piensan, si sufren algo, que están completamente olvidados y abandonados por Dios. Por tanto, se murmuran y se enojan contra Dios, con gran impaciencia y desobediencia. Proceden y quieren protegerse y vengarse por su propio poder. Así traen a la luz que son paganos ciegos, miserables, condenados, que realmente no tienen ni conocen a Dios. Tales ahora son la gran multitud de todos los turcos, judíos, papistas y santos incrédulos, tantos como hay en el mundo.